

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS

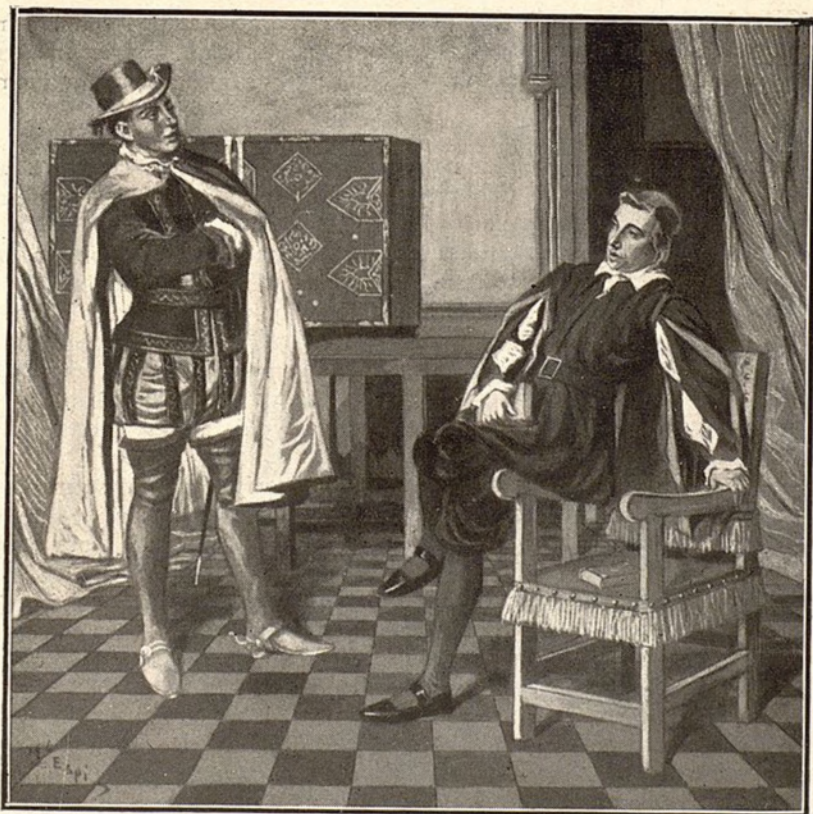


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

N.º IV

MADRID, 27 DE JUNIO DE 1909

NÚMERO 76



HISTORIA EJEMPLAR

En aquellos tiempos gloriosos en los cuales para sintetizar la grandeza de España decíase que en sus dominios no se ponía el sol, vivían en la imperial Toledo dos amigos llamados Felipe y Anselmo. Ambos eran jóvenes y de noble alcurnia: los dos eran huérfanos y carecían en absoluto de deudos y parientes: en lo que ambos amigos no se parecían en nada entre sí era en lo tocante á bienes de fortuna.

Ayuntamiento de Madrid

Felipe poseía un gran caudal heredado de sus padres; Anselmo no contaba con otro que el de su inteligencia; el rico entregóse desde los primeros años de su mocedad á una vida de placeres; el pobre, á la de los estudios. Mientras el uno gastaba pródigamente en divertirse á lo gran señor, el otro, tras penosísimos esfuerzos, realizaba su único y gran deseo de ser admitido como estudiante de gracia en la famosa Universidad salmantina, en donde, después de ser graduado en Teología, hubo de aprender con gran fruto las lenguas griega, hebrea, francesa y arábica.

Terminados sus estudios, Anselmo retornó á su ciudad natal por contar en ella con muy buenas amistades que podrían valerle en sus designios de abrirse paso en la corte, lugar el más propicio para lucir su privilegiado ingenio.

Al llegar á la insigne Toledo, su primer hallazgo fué el de Felipe, el cual, gozoso de encontrarse con el flamante doctor, su amigo de la infancia, obligóle, con las poderosas razones del afecto, á irse á vivir en su compañía á su casa solariega.

Y aun cuando tal hospitalidad era de las que más podían obligarle por el desinterés y cariño con que se le dispensaba, Anselmo, al cabo de unas cuantas semanas determinó, como varón prudente, dar término al agasajo, exponiendo, con las más acendradas frases de gratitud, sus deseos de correr mundo y conquistarse una posición independiente.

—A mi lado no necesitas quebrarte más la cabeza con tus librotos— le replicó Felipe.—Por ventura me sobra el oro para poder gustar del placer de que no me abandones jamás.

—Tan grande como puede ser tu contento sería el mío de permanecer siempre á tu lado; pero, si quiero vencer necesito luchar, y nunca ha de serme el tiempo más propicio para dar la batalla que ahora que me encuentro en los comienzos de la vida,

—¡Bah, bah, déjate de soñar despierto y no quieras igualarte á ese Don Quijote que acaba de salir á la estampa!—murmuró Felipe con sutil ironía.—¿Con qué armas cuentas para salir airoso en esa batalla que dices...?

—Con las que he recogido en la Universidad.

—Y serás derrotado, porque para conseguir la victoria no hay más que un arma siempre invencible: el dinero. Ya puedes encerrar en la mollera todo el saber de Merlín; como no encierres blanca en el bolsillo, no pasarás nunca de ser un pobre diablo... Y en mí tienes el mejor ejemplo: sólo sé el abecé, y esto me basta para ser siempre el primero en todas partes... claro es que por virtud de mis ducados; por algo se dice: tanto tienes, tanto vales.

Insistió en su tema Anselmo, y Felipe, que le había cobrado muy tierna y honda afición, propúsole, para retenerle unos cuantos meses más á su lado, ir en su compañía en peregrinación á Tierra Santa, afirmando, para más obligarle, que tenía hecho voto solemne de visitar los Santos Lugares, habiendo aplazado hasta entonces el cumplimiento de su pro-

mesa por no contar con su compañero de viaje tal como él deseaba.

Anselmo, no tan sólo por complacer á Felipe, sino que también por su afán de ver mundo é instruirse, aceptó regocijado tal viaje á Palestina.

II

El galeón que conducía á nuestros peregrinos fué apresado en alta mar por los bajeles de un poderoso corsario, lance malaventurado que con deplorable frecuencia repetíase en tal época en que sólo imperaba la razón del más fuerte.

Cuanto se encontraba en el barco pasó á poder de los piratas, incluso los míseros pasajeros, que fueron conducidos á la gran Constantinopla y vendidos como esclavos.

Continuará





EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

ACTO II.

El comedor de la casa.

ESCENA PRIMERA

ISIDORA y PACA poniendo la mesa.

ISID. Mira que tienes buena sombra, Paca. Habérseles ocurrido á los amos irse al campo el día de tu santo.

PACA. ¡Pero cómo les ha dado de repente esa ventolera?

ISID. ¡Otra! ¿Y yo qué sé? Antes de ayer, cuando estubo aquí comiendo con ellos D. Donato, les propuso que fueran á pasar un par de días á Carabanchei, al hotel de un primo de la señorita, y se entusiasmaron y decidieron ir.

PACA. Pues sí que ha sido suerte saberlo con anticipación, porque así ha podido una avisar con tiempo á esos. Tú crees que no faltarán, ¿eh?

ISID. ¡Pa chasco que faltaran ellos á un convite donde van á comer y á beber bien y de guagua!

PACA. Lo de comer, ya lo creo, porque corre de mi cuenta; pero lo otro... ¡Cualquiera le saca una botella á ese panoli de Antolín!

ISID. Ya se lo he advertido yo á Blas y á Judas, y ya verás como traen ellos unas botellitas de buten. (Suena el timbre.)

PACA. Han llamado. ¿Serán esos *barbianes*?

ISID. ¿Pues quién ha de ser sino esos *lipendis*?

ESCENA II

DICHAS, BLAS y JUDAS.

BLAS. Señora doña Paca, téngalos usía muy felices.

ISID. Y á los demás, que nos parta un rayo, so grosero...

BLAS. ¡Calla, mujer, y no seas tan *sú-pita*! Felicito á la señora Paca por ser au santo. ¿Son también tus días?

ISID. No, son en Octubre.

BLAS. ¡Pues espérate un verano!

PACA. ¡Ay qué gracia!

JUDAS. ¡No has estado *pesao*!

ISID. Buenos estáis los dos.

BLAS. Buenos, gracias.

JUDAS. ¿Pero qué va á ser esto? ¿Vamos á comer, ó nos vamos á pasar la tarde en *limos*?

ISID. ¿Tiene usted *debilidad*, caballero?

JUDAS. ¡Tengo narices!

ISID. ¡Ya lo veo, y que son flojas!

PACA. Si que sois *desahogaos*, hijos míos. *Sus* ponéis á deciros chulaperías, sin importaros que *haiga* delante personas finas.

JUDAS. ¡Adiós, princesa!

ISID. ¡Mira que tienes mal ángel, Judas!

JUDAS. ¿Yo?

ISID. Vaya un susto que nos diste el otro día cuando te dejaste el sombrero y lo encontré la señora.

JUDAS. Con el aquel de la prisa...

ISID. (Imitándole.) Con el aquel de la prisa... No sé como no me dió un accidente cuando lo supe, y gracias á que el memo de Antolín no dijo una palabra, que si se llega á berrear...

PACA. Se pondría furiosa el ama.

ISID. Como que me dijo de éste pe-rrieras.

JUDAS. ¿Te dijo...?

ISID. Hasta que te habían despedido porque la habías abierto el armario de su cuarto, donde tiene las alhajas. Excuso decirte que yo no la creí una palabra de lo que me contó. Yo cono-zco á los amos. En cuanto un criado sale de la casa era un torpe, un perdido, un ladrón.

PACA. Valientes sinvergüenzas están los amos.

BLAS. Y que lo digas.

PACA. Todo porque una se las arregle en la compra para que la quede una friolera.

BLAS. O porque coja uno una botella ó unos cigarrillos ó cualesquiera menudencia.

ISID. Son unos roñosos.

JUDAS. ¡Que se fastidien, para eso lo tienen!

PACA. Eso que tú has dicho.

BLAS. ¡A ver!

JUDAS. ¡Naturaca!

ISID. Así que son simpáticos por el ole.

PACA. ¿Pues dónde me dejas á los crios.

ISID. ¡Ay! Quitá allá. Estoy hasta el pelo de los niños.

BLAS. No debía uno servir en casas donde hay criaturas.

JUDAS. Al contrario, hombre, no seas

primo. Siempre es bueno que haya chiquillos á quienes echar la culpa. ¡Que se rompa una cosa? Deben de haber sido los niños jugando. ¿Qué desaparece algo? Lo habrán perdido los niños por enredar.

ISID. Pues mira, tienes razón, que eso es muy socorrido.

JUDAS. ¿Que si es?

PACA. Será para vosotros; pero para mí no. Yo no puedo echar la culpa á los chiquillos de que esté más cara la ternera ó de que dure menos el carbón.

BLAS. Pero á todo esto digo yo: ¿Es que hemos venido á un mitin sobre el servicio doméstico ó á comer?

ISID. ¡Hambrón! No piensas más que en tragar.

BLAS. Cuando se trata de un festín preparado por las manos de la señora doña Paca Pérez y otras hierbas, no se puede pensar en otra cosa.

PACA. ¡Zalamero! No te quejarás, que he puesto una comida que sus vais á chupar los dedos mismamente.

BLAS. Véase la clase.

JUDAS. ¡Venga de ahí!

PACA. Puré de cangrejos.

BLAS. ¡Olé!

PACA. Solomillo con setas.

JUDAS. ¡Olé!

PACA. Langostinos á la vinagreta.

BLAS. ¡Bastante!

PACA. No, que hay más.

BLAS. No, digo que de eso ponga usted bastante.

PACA. ¡Ay qué gracia!

ISID. ¡Tiene unas salidas este indinol!

BLAS. Síga su curso la procesión.

PACA. Jamón con tomate.

JUDAS. Ese es mi plato.

PACA. Como que por eso le he puesto.

BLAS. Ya veo que te miman. (A Judas.)

JUDAS. ¡Sipil!

Continuará.



RELATOS DE CAZA

EL REMORDIMIENTO

Una mañana del frío Enero apareció el guarda Antolín muerto junto á un chaparro. Cerca de él estaba su escopeta sin descargar y su perro aullaba, lamiéndole de vez en cuando los coágulos de sangre que manchaban su pecho. Aunque las autoridades hicieron activas indagaciones para descubrir al asesino, su resultado fué absolutamente nulo. Los ojos humanos no ven en la sombra, y en una sombra llena de misterio se ocultaba el malvado.

Transcurrieron varios meses y, olvidado ya el anterior suceso, había vuelto el pueblo á su vida de normalidad y rutina. Una tarde del caluroso Junio salieron á cazar varios amigos, pero se tuvieron que contentar con merendar en el campo, pues los pájaros, como si los oyeran á dos kilómetros de distancia, huían volando en alegres y piadosos bandos, y los conejos y liebres parecían haber emigrado en montón á más pacíficas regiones. En vano los perros se metían entre los desnudos rastrojos y las reseca hierbas, ya que despoblados estaban de toda especie de caza. Como si esto fuera poco, al anochecer se cubrió el cielo de un cárdeno nublado. Los truenos tabietearon con horrisono estrépito y los flamígeros relámpagos arañaron siniestros las entrañas de la nube. Para que el agua no los cogiera antes de llegar al pueblo, determinaron atravesar el monte en donde Antolín fué muerto, pues de esta manera el camino se quedaba reducido á la

mitad; pero uno de ellos, llamado Gervasio, se opuso, siendo necesarios grandes esfuerzos para que siguiera á sus compañeros. Internáronse en el monte, diéronse cuanta prisa pudieron y todo fué en balde, porque apenas pasados unos momentos, las primeras gotas de agua besaron sus frentes.

Al llegar al chaparro que veló el cadáver del infortunado guarda, uno de ellos soltó una broma soez y macabra.

—Para completar la fiesta—dijo—no faltaba sino que el tío Antolín saliera á cortarnos el paso...

Todos rieron la barbaridad, todos menos Gervasio que, parándose taciturno, empezó á mirar en torno suyo con inquietos y extraviados ojos. Las sombras se habian hecho densas, la luz de los relámpagos



parecía agarrarse á los yerbazos y en el cielo seguían retumbando los truenos. De pronto Gervasio lanzó un grito sobrehumano y, apartándose de sus compañeros, exclamó:

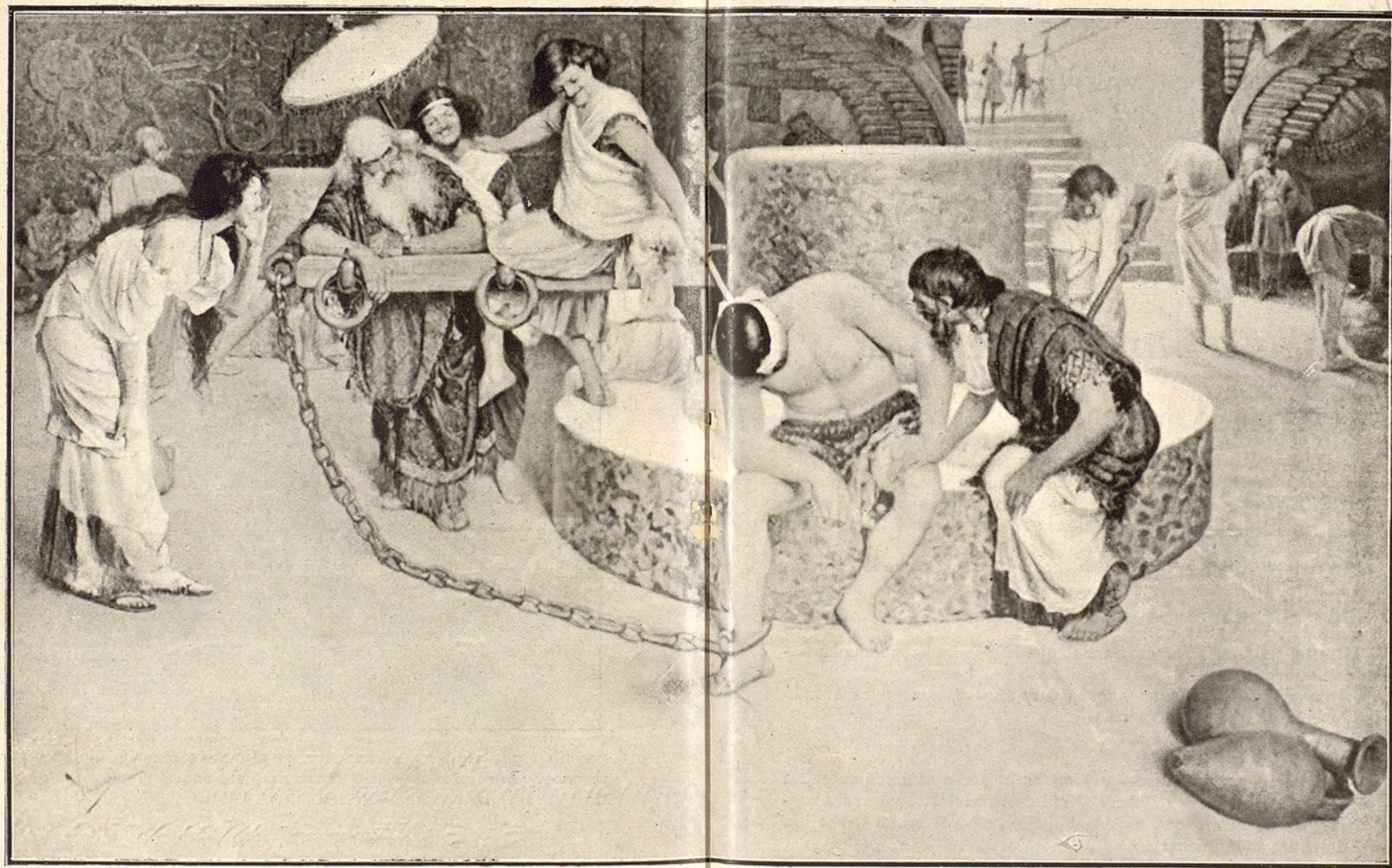
—¡Allí, allí está...!

—¿Quién...?—dijeron todos admirados.

—¡El tío Antolín...! ¡Sí, sí...! ¡Yo lo maté...! ¡Sorprendiome y quiso llevarme á la cárcel! ¡Yo fui... yo fui...!

Y tirando la escopeta y el morral dióse á correr como un loco por entre las retorcidas encinas, seguido por un perro que aullaba lúgubremente...

José A. LUENGO.



SANSON ESCARNECIDO POR LOS FILISTEOS. CUADRO DE VASARI

Muy interesante resulta este cuadro, donde aparece Sansón, después de la traición de Dalila, amarrado á la rueda de un molino. Sansón perdió con sus cabellos toda su fuerza, y al verle débil y abatido se burlaron

de él los filisteos que tanto le temían cuando era fuerte. Esta historia es siempre conmovedora, é invita á meditar sobre las asechanzas del mundo contra las cuales hay que vivir prevenido.



LAS BONDADDES DE NINI

XXXII.

Virgen Santísima, qué catástrofe! ¿Si será animal *Sultán*? En vez de coger el bizcocho con cuidadito, fué... y tiró el plato, y lo rompió, y se puso el muy bruto á comerse en seguida el bizcocho; pero tan de prisa, que apenas había empezado, cuando ya no quedaba nada de bizcocho. Como eso no era lo que yo quería, pues si mandé coger el dulce fué para probarlo yo también, ¡me dió un coraje! Empecé á pegar á *Sultán*, que chillaba mucho.

—Animal—le dije,—¡eres muy animal! Yo te dije que lo cogieras con cuidadito, y no que te lo comieras; ahora, por no haberme dejado nada, se lo diré á *Piluca*.

Y eché á correr, gritando:

—¡*Piluca*! ¡*Piluca*! ¡Ven corriendo, que *Sultán* ha hecho una barbaridad muy gorda...!

Me encontré á *Piluca*, que llegaba muy asustada, y que se enfadó y todo cuando entró en la cocina.

—¿Qué ha pasado aquí, *Sultán*?

Sultán ladraba y se relamía.

—Me parece—dijo *Piluca*—que no es el perro el único culpable de esto; pero ¡qué hemos de hacerle! Haré otro dulce... y tomaré precauciones; creo, *Nini*, que á las monjitas las va á costar trabajo hacer de ti una niña buena.

—Y yo creo, *Piluca*—contesté,—que te voy á dar dos coscorrónes.

Ella, entre riendo y enfadada, dijo:

—¡Vaya por Dios, *Nini*! ¡Mal geniecillo tienes! Te voy á preparar á escape una merienda, porque tu mamá no tardará mucho en venir á recogerte para que te acuestes temprano, porque mañana volverás al convento.

—Bueno, Piluca; pero si quieres que esté contenta me tienes que dejar ver cómo guisas.

—Perfectamente; miralo.

—¿Qué vas á hacer?

—Una tortilla, que se llama *Celestina*, y crema instantánea. Verás: para la tortilla se baten muy bien las yemas solas de los huevos; se hace una tortilla lo más delgadita posible; no puede ser mucho, porque es sólo de yemas; al doblarla meto dentro este dulce de cabello que hay aquí; ¿ves, Nini? Ya está hecha la tortilla *Celestina*, y es la mar de rica. Ahora aprovecho las claras de esos huevos; las bato mucho... mucho... mucho... Eran seis claras, Nini, y ya ves cuánto crecen; bueno, ahora las agrego un cuarterón de azúcar y tres copas de ron, y se mezcla todo ello muy bien. Ahora lo pongo al fuego, ¿ves?, hasta que se espese un poco. Ahora lo retiro, lo bato otra vez... y lo echo en una ponchera, y nos la comemos cuando esté fría.

—¡Qué atrocidad, lo que sabes, Piluca!—la dije.

Y merendamos todo aquello, que estaba riquísimo, sí, señores, riquísimo.

Pero no crean ustedes que nos lo comamos nosotras solas, ¡quia! Llevamos un poco á la mamá de Piluca, y á la mía también; y con nosotras comieron el hermanito, y un poco *Sultán*, éste muy poco, porque bien se había atracado antes. Cuando acabamos, dije á Piluca:

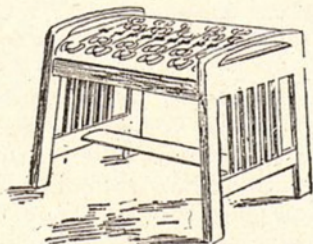
—Ahora, antes de que venga mi mamá para llevarme, enséñame alguna de esas labores preciosas que dicen que haces.

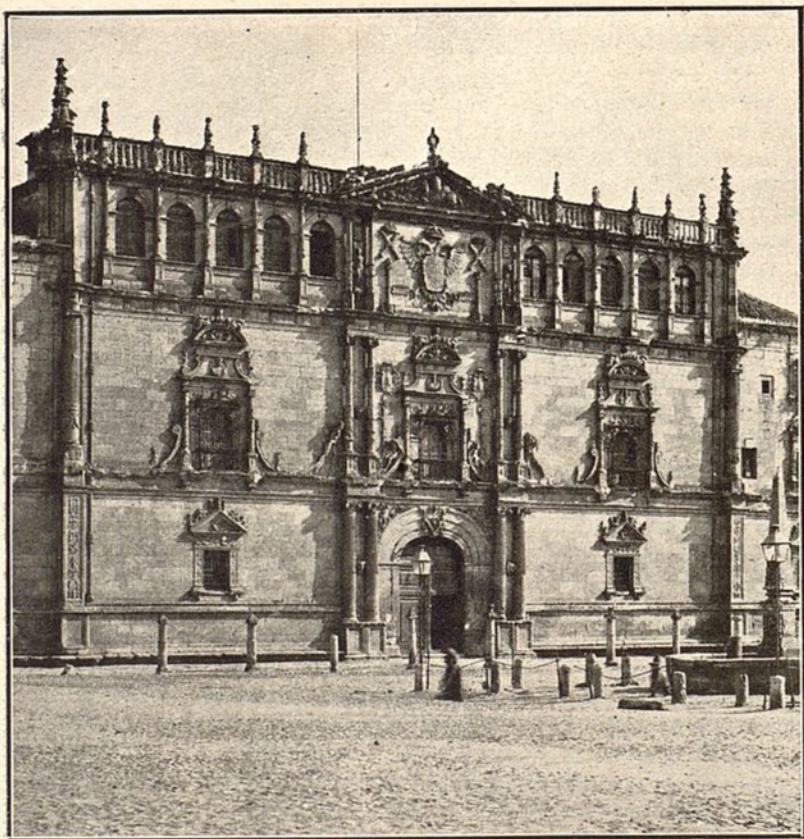
—Ven; acabo de terminar una banqueta modernista para el piano. Mirala; en la ebanistería han hecho la armadura, que es de madera de haya. Y este asiento tan ancho y plano lo he forrado yo de paño blanco realzado por toda estas aplicaciones de terciopelo verde seco... ¿te gusta?

—Muchísimo, Piluca—la dije,—¡qué bien he pasado contigo la tarde!

—Pues todo tiene fin en el mundo—me contestó,—porque oigo la voz de tu mamá, que ha venido á recogerte.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





LA ARQUITECTURA

1

Es otra de las bellas artes; pero así como la pintura y la escultura, de las que ya he tratado, imitan ó copian la Naturaleza y sus obras, la arquitectura no puede inspirarse en ella, y es, por tanto, más difícil de alcanzar la belleza con sus producciones; esto sólo se logra mediante la observancia de algunas reglas y con auxilio del buen gusto del arquitecto.

Así, para que una construcción sea bella, es preciso dar á los materiales que en ella se utilizan las formas más agradables á la vista y emplear debidamente los elementos de ornamentación, tales como pilastras, arcos, frontones, esculturas y pintura decorativa.

Es preciso que exista armonía entre las distintas partes de la construcción, y así la portada estará colocada en sitio donde divida en dos porciones iguales la fachada del edificio; el número de ventanas que

Ayuntamiento de Madrid

haya á un lado y á otro de la portada, será el mismo; si se trata de una construcción compuesta de un cuerpo principal y dos alas accesorias, éstas deberán tener el mismo desarrollo. Todos los detalles, todos los adornos empleados deben atender al mismo principio decorativo que ha presidido á la formación de la obra; es decir, debe haber unidad en ella, sin que esto signifique que no puedan ser varios los elementos de decoración ó de composición elegidos, sino que todos se refieran al conjunto del edificio, pues nada hay más contrario á la belleza en arquitectura que la confusión, nacida de la mezcla de diversos temas decorativos.

Por último, condición esencialísima para que una obra arquitectónica resulte bella, es la propiedad, ó sea que el edificio construído responda á los fines y á las necesidades para que está creado, y que sus proporciones y su ornamentación estén en armonía con el objeto á que se le destina. Así, será ridículo que una casa particular tenga la forma de una iglesia; un templo no debe planearse como una plaza de toros; una vivienda campestre no debe tener la hechura ni la ornamentación de una casa en la ciudad, etc. La comodidad de un edificio resulta precisamente de que responda á las necesidades para cuya satisfacción se erigió.

Hay una teoría, admitida por la generalidad, que consiste en decir que la arquitectura de los pueblos se fundó ó tomó por base los modelos de viviendas que los hombres primitivos usaron para su resguardo en los más remotos tiempos. Y que, así como unos pueblos tenían el pastoreo como principal medio de vida, otros buscaban en la caza ó la pesca los elementos de existencia, y otros, en fin, los fundaban en el cultivo del suelo. Los pueblos pastores, que continuamente tenían que cambiar de residencia en cuanto sus rebaños agotaban los pastos del sitio en que estaban, necesitaron un tipo de vivienda transportable, é inventaron las tiendas de campaña; los pueblos pescadores buscaron su habitación en las grutas que hay en las playas, y los cazadores en las cavernas de las montañas, mientras que los pueblos cultivadores del suelo, quietos siempre en un mismo terreno, al que hacen producir mediante su esfuerzo y su trabajo, necesitaban habitaciones sólidas y fijas, é inventaron la cabaña de madera.

Y los partidarios de la teoría á que me refiero sacan la consecuencia diciendo que la gruta ha servido de modelo para las construcciones subterráneas, tan frecuentes en Egipto, en la Nubia y en la India, y ha sido el origen de las ciclópeas, que se componen de bloques enormes de piedra, colocados los unos sobre los otros; que la tienda de campaña dió origen á la arquitectura china y japonesa tan ligera, de formas caprichosas, con sus tejados curvos y las nionturas de éstos terminadas en punta, y que la cabaña ofrece todos los caracteres de la arquitectura griega y romana.

En otro artículo procuraré demostrar lo caprichoso de esta teoría.

JUAN ANTON.



LA EXPOSICION DE LA INFANCIA

En el número pasado os hemos dicho, queridos y pequeños lectores, que hay actualmente una Exposición dedicada á vosotros, ideada y levantada por los que se ocupan de vuestra salud y de vuestra instrucción.

Y ahora os lo repetimos para que no se os olvide, y también para que digáis á vuestros papás que os lleven á visitarla.

Publicamos una vista de algunas instalaciones para que os deis una ligera idea de cómo están presentadas, una ligera idea nada más porque es preciso que veáis la Exposición si queréis daros exacta cuenta de lo que es y de lo que significa.

Ayuntamiento de Madrid

PERCANCES DEL OFICIO



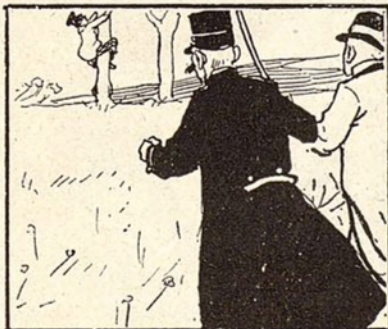
Mientras D. Homobono contemplaba el paisaje, un aprovechado ratero le sacó el reloj del bolsillo.



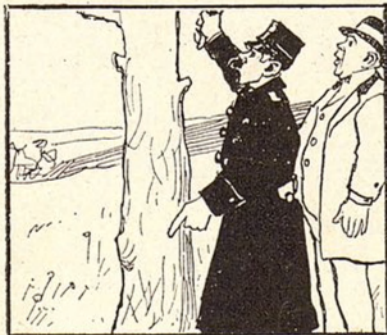
Y salió en seguida por pies, dispuesto á convertir en metálico el fruto de su trabajo.



Pero D. Homobono notó la falta y dió parte á un guardia que por allí pasaba casualmente.



Y ambos corrieron en persecución del ratero, que ya se había subido á un árbol.



—¡Baja de ahí!—le gritó el guardia con voz imperativa.
El ratero se hizo el sordo.



Por lo cual el guardia se decidió á subir en su busca, ayudado por don Homobono.



Tal era la rabia que á éste le produjo el hurto, que también se dispuso á capturar al autor.



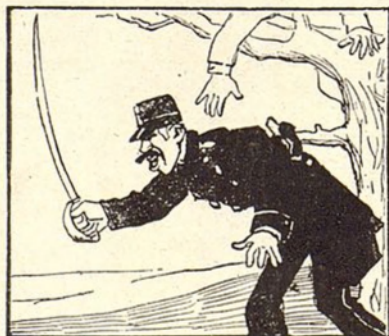
Y se subió al árbol con una agilidad verdaderamente impropia de sus muchos años.



Entonces empezó una peligrosa persecución por las ramas, de la cual se iba librando el ratero.



Hasta que, perdiendo el punto de apoyo, se cayó al suelo, librándose de sus perseguidores.



El pobre guardia se quedó sujeto por el cinturón, lamentando que se le escapara el amigo.



Pero un torito que andaba por aquellos alrededores se encargó de que la justicia no quedase burlada.